

The background of the page is composed of several overlapping, wavy, translucent purple lines that create a sense of movement and depth. The lines vary in opacity, with some appearing as solid purple and others as lighter, more ethereal washes. They flow from the top left towards the bottom right, creating a dynamic, organic pattern.

Ecofeminismos

Coordinación:

Manu González Baragaña
Leire Sarobe Txopeitia

Fecha de publicación:

Abril de 2021

I.S.B.N:

978-84-09-25696-9

Diseño y maquetación:

SÍSEVE www.siseve.es

Edita:

Observatorio de la Sostenibilidad y Clima
Fundación Cristina Enea
Paseo Duque de Mandas 66
20012 Donostia / San Sebastián
Tel.: 943 453526
observatoriosostenibilidadss@donostia.eus
cristinaenea@donostia.eus
www.cristinaenea.eus

Índice

4 Prólogo

7

Ecofeminismos

Yayo Herrero

37

**El cuerpo
como estrategia
de subversión
ecofeminista**

Cómo poner en práctica
lo que la teoría ya nos dice

Elena Rincón Zubeldia
y Edurne Pujana Deba

28

**Feministas
por el clima**

Feminismo autónomo
con conciencia ecologista

Ana Hernando

55

**Experiencias
de vida**

La transición energética
desde un devenir
ecofeminista

Alba del Campo

La pandemia que asola al mundo y se alarga en el tiempo ha derivado en una crisis socioeconómica de dimensiones incalculables, debiéndose hablar de una crisis sistémica que también reconfigurará las relaciones internacionales y la globalización. Una pandemia que está poniendo a prueba los sistemas e instituciones que sostienen las comunidades y el vigor social de las mismas. Esta pandemia global está sirviendo igualmente para hacernos muchas preguntas, mostrando todo tipo de contradicciones entre la economía de mercado y la salud, entre la libertad y el control estatal. Los temas clásicos de la filosofía y la ética como la muerte, la libertad, el miedo y otras emociones, los cuidados, la ciencia y la incertidumbre, la política y el poder, el trabajo, el tiempo... han tomado mayor relevancia en la reflexión y quehacer cotidiano de las personas, también en los movimientos y colectivos sociales que, de alguna forma, están comprometidos en la búsqueda de alternativas al orden global y al modelo organizacional, de producción y consumo dominante.

En este contexto, la primera premisa que nos podemos plantear es que para comprender la situación coronavírica en que vivimos debemos buscar las causas y origen que la han provocado, y todo apunta al creciente desequilibrio ecosistémico del sistema Gaia y fenómenos asociados como la pérdida de biodiversidad. Y cuando nos interrogamos sobre la sostenibilidad de la vida en un planeta en que toda la humanidad tenga una vida digna en un medio natural sano, nos encontramos que muchas mujeres que ahondan en estas cuestiones lo hacen desde un pensamiento que se autodefine ecofeminista. Una corriente amplia y plural de pensamiento e intervención social nacida del diálogo horizontal entre feminismo y ecologismo.

Investigando sobre los orígenes del término “ecofeminista”, todas las fuentes señalan que lo acuñó en 1974 Françoise d’Eaubonne escritora y feminista que llegó a crear el *Movimiento Ecologismo-Feminismo*.

Mary Mellor, profesora inglesa de Sociología y presidenta del Instituto de Investigación de Ciudades Sostenibles, en la Universidad de Northumbria, en Newcastle, en la introducción de su libro *Feminismo y Ecología*, considera el ecofeminismo “como un movimiento que ve una conexión entre la explotación y la degradación del mundo natural y la subordinación y la opresión de las mujeres “ y nos dice que “el ecofeminismo une elementos del feminismo y del ecologismo, pero ofrece a la vez un desafío para ambos. Del movimiento verde toma su preocupación por el impacto de las actividades humanas en el mundo inanimado y del feminismo toma la visión de género de la humanidad, en el sentido que subordina, explota y oprime a las mujeres”.

Por todo lo expuesto, el Observatorio de Sostenibilidad y Clima de Fundación Cristina Enea nos animamos a organizar un Seminario donde profundizar y conocer de primera mano, con investigadoras y activistas ecofeministas su cosmovisión, las bases teóricas de estas corrientes de pensamiento, su acción sociopolítica, sus intervenciones en muy diferentes ámbitos de los hábitats humanos y su capacidad transformadora para la sostenibilidad de la vida. Ese conjunto de aspectos que la mirada ecofeminista representa “como posibilidad de mirar cara a cara el momento que estamos viviendo, mirándolo cara a cara, sin escaquearnos, sin querer orillar, pudiendo tener una vida decente, una vida digna para todos y todas”, tal y como nos decía Yayo Herrero en el texto que ahora recogemos.

En este Cuaderno de Apuntes hemos recogido las intervenciones de las cinco mujeres que intervinieron:

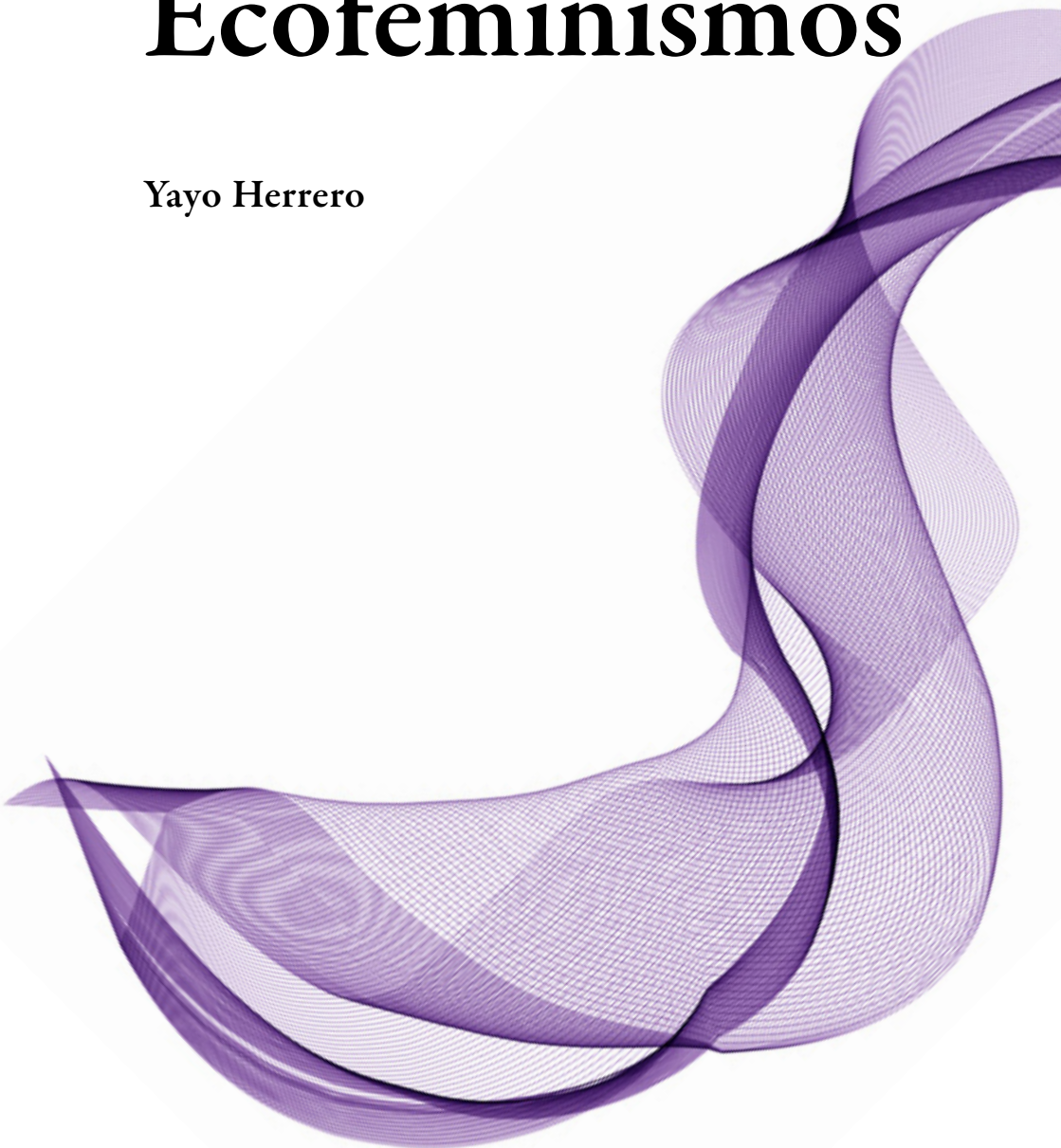
Yayo Herrero, antropóloga, ingeniera, profesora y activista ecofeminista, que en su intervención nos ayudó a conocer esa relación entre ecología y feminismo, las corrientes dentro del movimiento, el enfoque de la sostenibilidad de la vida (qué es poner la vida en el centro), las miradas ecofeministas a las nociones de producción y seguridad, y el cuidado como política, entre otras cuestiones; **Ana Hernando**, actualmente vinculada a Feministas por el Clima en Madrid, un grupo joven, con mucha frescura, en el que están muy empeñadas en visibilizar que la salida a esta crisis climática y ambiental que vivimos no será posible si no se aborda desde el feminismo inclusivo y la justicia global, reivindicando un feminismo autónomo con conciencia ecológica; la periodista y activista ecofeminista **Alba del Campo**, quien presentó aprendizajes y reflexiones desde su experiencia, en torno a cómo ha tratado de promover una mirada y una práctica ecofeminista en el ámbito energético y en la política municipal de Cádiz, así como los costes de esta apuesta y sus huellas; y **Elena Rincón Zubeldia** y **Eduarne Pujana Deba** que en representación de la Comisión Ekofeminista/Akuerpadora de la Casa de las Mujeres de Donostia, expusieron su experiencia y reflexiones sobre cómo poner en práctica lo que la teoría ya nos dice planteando el cuerpo como estrategia de subversión ecofeminista.

A todas ellas queremos agradecer su participación en el Seminario y su tiempo y esfuerzo añadido para elaborar los textos que ahora recogemos.

Manu González Baragaña y Leire Sarobe Txopeitia

Ecofeminismos

Yayo Herrero



Este texto transcribe las ideas centrales de la presentación que realicé en el Seminario sobre ecofeminismo organizado el pasado 27 de enero por la Casa de las Mujeres y Fundación Cristina Enea de Donostia San Sebastián. Recoge una presentación básica de qué es el ecofeminismo y cuáles son sus principales corrientes.

Hay que decir que el ecofeminismo, más bien los ecofeminismos, son una corriente de pensamiento, que se materializa en un muchos campos: en la economía, en la filosofía de la ciencia, en la propia ética, en urbanismo o en la energía, como luego comentarán mis compañeras. Una corriente de pensamiento que toma cuerpo y tiene su papel dentro de la academia que ha ido ganando a lo largo sobre todo de los últimos años, con un trabajo bastante importante; pero sobre todo, y también, es un movimiento social. Me parece importante resaltar esto porque desde luego yo no concibo una corriente de pensamiento separada del movimiento social. Pero es muy importante señalar que sobre todo una buena parte de los ecofeminismos se nutren con las luchas sociales, con las luchas que muchísimas mujeres, que muchas personas llevan a cabo en los territorios. Cuando miramos un poco lo que es la realidad de los movimientos ecofeministas nos encontramos, como sucede en otros movimientos sociales, con una enorme diversidad. Y la intersección, que es lo característico del ecofeminismo, del ecologismo y del feminismo, aterriza de formas distintas, se cristaliza de formas distintas, como distintos son los feminismos y distintos son también los ecologismos.

En general, y por lanzar una primera aproximación, el ecofeminismo es la intersección, el diálogo potencial que existe entre un movimiento como es el feminista que en occidente tiene ya siglos de historia, y un movimiento como es el ecologista que tiene en occi-

dente también décadas de historia. Es un movimiento muchísimo más joven, como tal movimiento social. Eso no quiere decir que no hubiera habido planteamientos previos que cuestionaban las relaciones con la naturaleza, pero como tal movimiento en occidente, luego hablaremos de lo que sucede en otros territorios, es un movimiento mucho más joven.

Hablamos de que el ecofeminismo es un diálogo, un potencial diálogo puesto que ni lo feminista ni los feminismos pueden eliminar o cubren totalmente a lo largo del tiempo lo que han planteado los ecologismos ni al contrario. Es importante señalar esta dimensión de diálogo, de diálogo horizontal y de diálogo entre ambos movimientos, por las trayectorias que sabemos que han tenido los feminismos y experiencias acumuladas, de esto que Celia Amorós llamó las alianzas ruinosas. Por tanto este diálogo es crucial. Desde mi punto de vista los ecofeminismos aportan una mejor manera de comprendernos como especie. Una mejor manera de comprendernos como seres humanos. Las relaciones complejas, los vínculos materiales y también no materiales que permiten que estemos vivos. Por otro lado también todos los ecofeminismos han coincidido, todos, absolutamente todos, en hacer una crítica profunda a los modelos que Vandana Shiva llamó “el mal desarrollo”, es decir, a los modelos, sobre todo capitalistas, que en su forma de organizar la materialidad de la vida, subyugan y destruyen la naturaleza como subyugan y pretenden dominar al conjunto de las mujeres. Luego trataré de ampliar, desde el enfoque de la sostenibilidad de la vida, la mirada que también aporta la colonialidad, más bien el pensamiento anticolonial, que proporciona aristas y focos del análisis para mí absolutamente imprescindibles.

Decía que como movimiento social es diverso y que tendríamos que hablar más bien de ecofeminismos. Ubicar o colocar dónde se producen las genealogías, dónde surgen los ecofeminismos es una cosa tremendamente compleja, compleja y farragosa, porque a veces las miradas más etnocéntricas, las más centradas en occidente, sitúan la mayor parte de las genealogías de los movimientos emancipadores que conocemos en su propio territorio, oscureciendo o invisibilizando otras visiones, otras miradas que también han hecho aportes en otros momentos, han hecho florecer muchas de estas miradas emancipadoras. Yo voy a partir situando o señalando las cuatro corrientes que se han solido tomar en consideración dentro de la tradición de la modernidad, es decir, dentro de la tradición de occidente y de la concepción moderna. Y las tomo fundamentalmente de una de las grandes maestras teóricas, a la que tenemos más cerca, que es Alicia Puleo. Ella ha categorizado y trabajado las genealogías de los ecofeminismos. Yo voy a destacar algunas de estas líneas.

Hablo en primer lugar de un ecofeminismo clásico, que es el que surgió en los años setenta fundamentalmente en Estados Unidos. El propio nombre de ecofeminismo nace en el año setenta y cuatro y lo utiliza por primera vez Françoise d'Eaubonne, una mujer francesa amiga de Simone de Beauvoir, que de alguna manera señala, empieza a señalar, los vínculos que existen entre destrucción de la naturaleza con el capitalismo, con el patriarcado, realizando una crítica, a la vez, al modelo patriarcal y, por otro lado, a las conceptualizaciones de la izquierda tradicional que habían orillado o habían dejado escondido, tanto las miradas feministas como las ecologistas. Pero esta primera corriente del ecofeminismo clásico nace en los años setenta sobre todo en Estados Unidos. Es una corriente que se centra

en señalar la existencia de una especie de vínculo íntimo entre las mujeres y la naturaleza. Una conexión que tiene mucho de esencial, en el sentido de que estas corrientes sitúan que las mujeres, sobre todo a través de la maternidad, de la capacidad de dar vida, presentan un vínculo íntimo con la naturaleza que las hace comprenderla mejor, salir en su defensa y defender en mejor medida de forma esencial el conjunto de todo lo vivo.

Es una corriente tremendamente crítica con la masculinidad, con la masculinidad en general. Señala vínculos íntimos entre la masculinidad y las violencias, con las ideologías de los dominios... Este ecofeminismo clásico ha sido muy criticado, fundamentalmente, en primer lugar, porque no considera otras relaciones de dominio que también se dan entre mujeres, relaciones de clase, relaciones que tienen que ver con la etnia o la procedencia. Y por otro lado, porque establece o se centra en algo que el feminismo había tratado de combatir prácticamente desde sus inicios. Ese esencialismo de los sexos en donde el hecho de ser mujer te condicionaba de alguna manera o estaba totalmente vinculado con una determinada concepción de la maternidad y también con una determinada concepción de la naturaleza.

Alicia Puleo nos habla también de una segunda corriente, los ecofeminismo, del sur de corte culturalista. Situamos ahí a Vandana Shiva, y al movimiento Chipko, el movimiento de las mujeres de la india que se abrazaron a los árboles para impedir que las madereras extranjeras los pudieran talar, porque como ellas contaban, en esos árboles estaba su modo de vida. Estaba la sombra, los animales que cazaban, el agua y demás. Este ecofeminismo hace una crítica profunda al capitalismo, y a los modelos de conocimiento occidental,

es decir, a una ciencia moderna positivista, construida sobre una separación profunda entre la cultura y la naturaleza. Y señalan y se centran en cómo, en ese proyecto de dominio y de separación entre cultura y naturaleza que es capitalista, que es occidental y que tiene mucho que ver con la conceptualización de la tecnología y la ciencia modernas, en esos proyectos las vidas de las mujeres están mucho más afectadas. Y también las mujeres son las primeras que se rebelan contra esas dinámicas impuestas, que de alguna manera les impiden llevar las existencias que quieren llevar. Estos ecofeminismos suelen estar muy ligados a cosmovisiones diferentes a la cosmovisión occidental. A cosmovisiones mucho más biocéntricas, en donde el conjunto de todas las vidas, no solamente las vidas de las mujeres, están más condicionadas por la naturaleza.

La crítica fundamental que se le ha hecho desde la academia es que tiende a cierta idealización del mundo indígena y de los pueblos originarios, y presta o da menos visibilidad a las desigualdades, también desde el punto de vista feminista o de las mujeres dentro de sus pueblos. Desde los feminismos territoriales en los pueblos del sur se reelaboran esta crítica de una manera diferente.

Existe un tercer grupo denominado ambientalismo de género. Aquí no es que haya una construcción teórica propia, sino que son los discursos que han adoptado las grandes organizaciones, por ejemplo Naciones Unidas, Unesco, OMS, en la que trabajaban primero toda la cuestión de la crisis ecológica y se ha empezado, desde hace unos años a hacer un análisis diferenciado de los impactos de esas crisis ecológicas y sociales, de esas crisis sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres. Al igual que se han empezado a analizar diferentes resistencias o las diferentes construcciones de alternativas que ha-

cen las mujeres en los lugares donde más se sufren los impactos de esta crisis. Puede ser importante porque convoca a la centralidad de una buena parte de las preocupaciones ecofeministas en el marco de organizaciones internacionales, pero es una forma de preocuparse por la cuestión ecofeminista que no cuestiona modelos, que no cuestiona las relaciones sociales ni muchísimo menos el capitalismo, ni tampoco la redistribución de la riqueza u otros asuntos.

Y la última corriente de la que querría hablar es la que Alicia Puleo denomina ecofeminismo crítico constructivista. Es un ecofeminismo que nace en los años noventa, que parte del feminismo radical, por un lado, y del ecologismo social, por otro. Aquí la clave es que no hay una esencia femenina que conecte al planeta corporalmente, íntimamente, sino que lo que se defiende es que hay una determinada forma de construir el género, de construir el rol de género femenino, que viene impuesta por la sociedad patriarcal, que asigna determinados roles vinculados, desde luego, al cuidado de los cuerpos, pero también al cuidado de la vida, y que ese rol de género impuesto es el que ha hecho que pueda haber una mayor conexión, una mayor sensibilidad, una mayor preocupación. Desde ese punto de vista, la crítica de este feminismo constructivista no se centra en la masculinidad en general, sino en la masculinidad normativa propia de las sociedades patriarcales construida sobre la idea de poder, sobre la idea de dominio y sobre la invisibilización de una buena parte de las aportaciones, no solamente de las mujeres sino también de la naturaleza.

Esto es una brevísima y simplificadora síntesis de la clasificación que establece Alicia Puleo en su libro *Ecofeminismo para otro mundo posible*, que es un libro indispensable.

Por otro lado, hay otras genealogías que tienen otro origen diferente. Desde las perspectivas anticoloniales aparecen miradas de corte ecofeminista diferentes. Por ejemplo, me estoy acordando de la Liga Iroquesa, una organización de seis pueblos originarios del norte de América y que duraron prácticamente hasta inicios del XIX. Nos encontramos con sociedades que funcionan en torno a una Gran Ley Iroquesa con mayúsculas, que era como llamaban a esa gran ley que les articulaba ya desde el siglo XV, desde antes de que Colón llegara a América. En esa ley existía el sufragio universal, existía el derecho al aborto, existían los derechos, por ejemplo las mujeres eran quienes ponían o quitaban a los líderes, y, por supuesto Ecofeminismo para otro mundo posible, existía una conexión profunda con la naturaleza, en donde incluso para poner o apoyar una ley o una norma o tomar una decisión dentro de esos pueblos era preciso y obligado tener en cuenta a varias generaciones futuras, es decir, el papel o el rol que jugaba todo el mundo vivo era casi un rol de sujeto político, más en la línea de lo que ahora llamaríamos derechos de la naturaleza. La Liga iroquesa tenía una forma organizativa tan rompedora que cuando los grandes de la independencia americana tuvieron que hacer la Declaración de independencia de los Estados Unidos y la primera Constitución que luego inspiró la Declaración de los derechos del hombre en la Revolución francesa, se inspiraron mucho en lo que venía de esa Liga iroquesa, se inspiraron mucho y se dejaron mucho fuera. Fundamentalmente, la emancipación de las mujeres y la relación con la naturaleza, y también la abolición del esclavismo, que estaba absolutamente prohibido en esas otras culturas. Lo planteo porque cuando miramos o indagamos en muchos pueblos originarios, nos encontramos construcciones, que incluso a ojos de lo que hay ahora en muchas sociedades democráticas, son tremendamente rompedoras y emancipadoras. Las mujeres que

hablan de feminismos territoriales no hablan de ecofeminismo porque nuestra concepción ecológica les es ajena, porque la naturaleza forma parte de la propia cultura; estas mujeres son muy conscientes de las luchas que desarrollan dentro de sus propios pueblos por la emancipación de las mujeres, pero obviamente las desarrollan con las miradas y los constructos que a ellas les resultan significativos.

Pero a mí, el enfoque del ecofeminismo que más me mueve, y al que quiero dedicar el resto de la exposición, es el enfoque que hemos llamado el enfoque de la sostenibilidad de la vida. Aparece más bien ya en el 2000 y ha ido tomando cuerpo en los últimos años.

Este enfoque de la sostenibilidad de la vida parte de considerar cómo la vida humana transcurre inserta en dos cuerpos, en dos territorios, mejor dicho. Un territorio tierra, que es la naturaleza de la que somos parte, somos naturaleza, de la cual, relacionándonos con ella obtenemos absolutamente todo lo necesario para sostener las vidas.

Y un territorio cuerpo, que es ese otro territorio más íntimo en el que transcurre encarnada la vida humana. La vida humana transcurre encarnada en cuerpos vulnerables, en cuerpos finitos que hay que cuidar a lo largo de toda su existencia, que son cuerpos necesitados a lo largo de toda la vida. Cuando Marx, por ejemplo, articulaba el discurso y decía que la emancipación era pasar del reino de la necesidad al reino de la libertad, nos encontramos con la paradoja de que el reino de la necesidad no se supera nunca. Cada día hay que comer varias veces, cada día hay que descansar, hay que dormir, hay que levantarse, las personas enferman... Es decir, nuestros cuerpos van a ser cuerpos necesitados a lo largo de toda la vida. Somos

por tanto ecodependientes e interdependientes. La vida humana históricamente en casi todos los lugares ha estado cuidada fundamentalmente por mujeres, y no porque las mujeres estemos mejor dotadas genéticamente para cuidarla desde nuestro punto de vista, sino porque las mujeres hemos asumido esos roles normativos en sociedades que establecen de forma no libre una determinada división sexual del trabajo en función del sexo asignado en el momento del nacimiento. Por tanto, nos encontramos con que si somos seres ecodependientes somos seres interdependientes, si somos seres necesitados a lo largo de toda nuestra existencia, podemos decir que una vida nacida no es para nada una certeza. Una vida es una vida posible, y lo que hace que esa vida posible se mantenga en el tiempo es que se desarrolle en una comunidad, en un pueblo, en una sociedad que interactúa con los bienes fondo de la naturaleza, y, que a la vez, interactúa entre las personas para garantizar la continuidad de ese cuidado. Es decir, la vida humana hay que sostenerla. Sostenerla intencionalmente. Y para que ese sostenimiento satisfaga las necesidades, no de unas pocas personas sino de todas, ese sostenimiento exige crear sociedades, decimos, que pongan la vida en el centro. Como esto se dice mucho, y corre el riesgo de vaciarse de contenido, queremos precisar que poner la vida en el centro significa crear las condiciones adecuadas para que todas, absolutamente todas las personas, tengan garantizada la satisfacción de sus necesidades básicas. Estamos hablando de alimento, de vivienda. Estamos hablando de acceso a la energía, de acceso al agua. Estamos hablando también de capacidad de incidir, poder para cambiar las cosas. Vínculos y relaciones significativas. Estamos hablando, por tanto, de crear economías, políticas y culturas que tengan como principal prioridad el sostenimiento de estas vidas dignas. Decimos muchas veces de vidas que merezcan la alegría de ser vividas. De vidas que no se con-

viertan en una especie de condena, en una especie de pasar un día tras otro intentando superar las precariedades impuestas cada vez más estructurales.

Es importante señalar esta cuestión de poner la vida en el centro y del enfoque de la sostenibilidad de la vida, porque sin embargo lo que sucede es que vivimos, sobre todo en occidente, pero a partir de la expansión colonial y neocolonial de occidente impuesto en el resto del mundo, vivimos en sociedades que no tienen como prioridad ese sostenimiento de la vida, sino que tienen otras prioridades. Estamos hablando de la maximización del beneficio, del crecimiento económico. Estamos hablando de esa racionalidad contable que pretende hacer crecer lo económico de una forma intensa, de una racionalidad que se opone justamente a los vínculos y relaciones materiales que permiten sostener las existencias. Por eso, desde el enfoque de la sostenibilidad de la vida y coincidiendo con todas las otras corrientes de los ecofeminismos, decimos que estas sociedades directamente le han declarado la guerra a la vida, es decir, tienen unas lógicas, y se sostienen sobre una forma de organización, que depredan recursos finitos de la naturaleza, que explotan y se apropian de las capacidades de trabajo de las mujeres, de los sujetos colonizados, de los sujetos explotados al servicio de una racionalidad que lo único que pretende hacer es hacer crecer las tasas de ganancia de capital. Ahí nos encontramos con una importante tensión, y desde el enfoque de la sostenibilidad de la vida, por tanto, cuando estamos hablando de las miradas ecofeministas, o cuando estamos hablando de la puesta en práctica de los ecofeminismos, estamos hablando de la puesta en práctica de un modelo emancipador que cubre a todas las personas. Que cubre a las mujeres, que cubre a los hombres, que cubre a quienes no se consideran ni hombres ni

mujeres y que cubren también al resto del mundo vivo. Es decir, una práctica emancipadora que defiende poner en el centro y cuidar todo lo vivo. Todo lo vivo, como una organización interconectada, que entre otras cosas además es indispensable para sostener nuestra existencia.

Haber vivido, desde nuestro punto de vista, de espaldas a este enfoque de sostenibilidad de la vida, ha generado una profundísima crisis que ahora mismo es una crisis de civilización. Porque a pesar de su manifiesta gravedad, permanece social y políticamente inadvertida. Es una crisis de civilización que podemos verla plasmada en el declive de las energías fósiles y de los minerales, un declive energético que pone en jaque un modelo de civilización industrial, que podría decirse en este momento que come petróleo, y que estaría a punto de desplomar de una forma estrepitosamente violenta los modelos económicos tal cual los conocemos.

En segundo lugar, un cambio climático que es el cambio de reglas del juego que organizan todo lo vivo, cambio climático que afecta a los eventos climáticos extremos, que afecta a los ritmos de reproducción de aves, de plantas, de cultivos... y que básicamente lo que hace es poner en riesgo el hecho de que la vida se pueda sostener tal cual es en estos momentos. Nos hemos adaptado a ella a lo largo de los últimos cientos de miles de años. Esa vida, ese marco bio-físico al cual está adaptada la especie humana, y que no ha existido siempre, y que gracias a que existe es por lo que se ha podido expandir una especie como la nuestra y otras muchas, que son nuestras compañeras de aventura del planeta. Una pérdida de biodiversidad que lo que hace es que vivamos vidas con mucho más riesgo. Es decir, la biodiversidad es el seguro de vida, de hecho, por ejemplo, la pande-

mia que estamos atravesando tiene que ver con la pérdida de biodiversidad. Las zoonosis, que son los trasposos de virus de animales a seres humanos, son mucho más frecuentes y violentas cuando la biodiversidad se desmorona, cuando la biodiversidad se degrada. Por tanto, es necesario tener en cuenta que esa pérdida de biodiversidad nos va a hacer enfrentar un futuro en el que las pandemias van a formar parte de esa normalidad que no se quiere mirar. Lo que quiero decir con esto es que el futuro biofísico que vamos a enfrentar no tiene nada que ver con el presente que hemos vivido hasta hace poco. El cambio climático, el declive de energía y materiales, el desbordamiento de los límites físicos del planeta y la pérdida de biodiversidad nos obligan, si queremos sobrevivir poniendo la vida en el centro, la de todas las personas y no sólo la de unas pocas, nos obligan a mirar esa crisis cara a cara. Una filósofa, desde mi punto de vista excepcional como es Isabelle Stengers, escribía en un libro que se llama *El tiempo de las catástrofes*, de la intrusión de Gaia. Ella utilizaba la metáfora de la intrusión de Gaia para señalar cómo la naturaleza, cómo la biosfera de la cual nuestra especie forma parte, se ha transformado en este momento en un agente político. No se le quiso mirar. No se quisieron ver los límites. La naturaleza fue concebida en la cultura occidental como si fuera una especie de gran almacén de recursos a disposición de los seres humanos. Y tras unos decenios de funcionar de esta manera, la naturaleza empieza a dar síntomas de cambios, síntomas de innovación que irrumpen en el conjunto político. Cuando digo que irrumpen en el conjunto político no quiero decir que la naturaleza llegue, como se decía durante la pandemia, como si fuera una especie de venganza de la tierra, como si estuviera azotando al ser humano como virus. Lo que quiero decir es que, a partir de ahora, el cambio climático, el declive de energía, la pérdida de biodiversidad van a formar parte, queramos o

no, del conjunto de nuestro actuar político. En la política pequeña, para mí la más importante, la de las vidas cotidianas, y también en la política grande. Ya no va a ser posible no tener en cuenta esas alteraciones. Y la clave es cómo se tiene en cuenta. Desde la lógica del capitalismo heteropatriarcal lo que ha sucedido es que se ha establecido una profunda división, una profunda fractura entre la cultura y la naturaleza. Ya la encontramos en Platón, la encontramos, por ejemplo, en cómo se conforma la democracia en Atenas. En Atenas el sujeto político es un varón que va al espacio político, al espacio público, y allí delibera, filosofa, y fruto de todas esas deliberaciones establece cuáles son las reglas que permiten vivir en común, cuál es el interés general. Ya en aquel momento, en aquella democracia ateniense, no forma parte de la ciudadanía, no son sujetos políticos, ni esclavos ni esclavas que básicamente se ocupan de interactuar con la naturaleza para producir todo aquello necesario, y tampoco forman parte de la ciudadanía las esposas de los ciudadanos, que en mejores condiciones que esclavos y esclavas, se dedican a reproducir cotidiana y generacionalmente la vida del ciudadano.

Lo que quiero decir es que en occidente, de forma muy temprana, la noción de sujeto político es una noción de sujeto político que nace desarraigada y descorporizada.

El sujeto político, el sujeto que protagoniza el modelo de progreso, es un sujeto que interioriza la posibilidad de una triple falsa emancipación. Considera que es posible emanciparse de la naturaleza, considera que es posible emanciparse de su propio cuerpo y considera también que es posible emanciparse de responsabilizarse de otras personas, que no tiene que hacerse cargo de esto. Obviamente eso es un tremendo privilegio. Muy pocas personas pueden vivir como

si la naturaleza no tuviera límites, como si no dependieran de ella, como si no tuvieran cuerpo porque hay otras personas que se ocupan de que ese cuerpo esté atendido, y puedan vivir sin necesidad de ocuparse de quienes tienen alrededor. Esa triple emancipación está detrás de lo que Almudena Hernando ha denominado “la fantasía de la individualidad”. Conforman una forma de concebirse como sujeto político en occidente. Sujeto político que por tanto invisibiliza y esconde las relaciones de codependencia e interdependencia que para ser invisibilizadas y escondidas tienen que ser subyugadas, tienen que ser de alguna manera dominadas.

Esa mirada que ya nace en la Grecia clásica toma cuerpo en Occidente. Nos la encontramos también plasmada en la propia ciencia, cuando nace la Modernidad. Descartes hereda esa división ya no entre cultura y la naturaleza, sino entre la razón y la naturaleza y los cuerpos.

Resta agencia, resta capacidad humana, la esencia de lo humano, a esa naturaleza, a esos cuerpos, y en un ente completamente abstracto como es la razón sitúa lo que nos permite ser humanos.

Descartes, como Newton, como todos aquellos filósofos de la modernidad, muchos de ellos tremendamente misóginos, conforman lo que es la modernidad triunfante y establecen y le dan carta de naturaleza científica a esa separación entre la naturaleza y la razón, englobando dentro de la naturaleza a los cuerpos, y con los cuerpos, a las mujeres. Por lo tanto, esa separación sigue construyendo una idea de ciencia, una idea de conocimiento, que de alguna manera se desgaja de la materialidad de los cuerpos y de la tierra. Val

Plumwood, una ecofeminista que a mí me parece tremendamente sugerente, cuenta que Descartes o Newton proponen un despellejamiento del yo. Ellos reducen a máquina los cuerpos y la naturaleza. Los cuerpos y la naturaleza pasan a ser mirados desde la exterioridad, desde la superioridad y desde la instrumentalidad. Las mujeres quedan del lado de los cuerpos, las mujeres quedan del lado de los saberes tradicionales, las mujeres quedan del lado de lo doméstico y excluidas de esos otros espacios jerárquicamente superiores, como es el espacio público, como es la cultura o como es el espacio de la ciencia o del conocimiento realmente sancionado por aquella nueva ciencia que nacía durante el periodo de la modernidad.

Esta abstracción, esta conceptualización del sujeto abstracto toma cuerpo de una forma ya tremendamente violenta cuando nace la ciencia económica tal cual la conocemos.

Y toma cuerpo porque ahí se vuelve a generar un concepto de riqueza absolutamente abstracto que es el dinero. Nuestra ciencia económica, la ciencia económica dominante, reduce el concepto de valor al concepto de dinero. Lo que hace es reducir la noción de aquello que tiene valor, que tiene visibilidad dentro de la economía, a aquello a lo que se le puede asignar un valor monetario.

Ni la fotosíntesis, ni la polinización, ni el ciclo del agua, ni la regulación del clima, ni en nuestras sociedades el trabajo de las mayoritariamente mujeres que se ocupan estando a veces disponibles cincuenta años de su vida, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, tiene precio, y como no tiene precio queda expulsado del campo de estudio económico.

Al razonar estrictamente con la vara de medir del dinero, la noción de producción cambia, y llamamos producción solamente a aquello que se hace en la esfera mercantil, que consigue que crezcan los agregados monetarios. Esa noción de producción corta el cordón umbilical con la tierra y con los cuerpos. Hablamos de producción para referirnos a cuánto crece el producto interior bruto, pero no hablamos de producción ligada a las necesidades de los cuerpos y a los límites de la tierra. Si producimos kilos de trigo y producimos bombas de racimo ambas producciones se miden exactamente igual en nuestros modelos económicos, mientras que, si lo pensamos desde las necesidades humanas, la producción de trigo sigue satisfaciendo la necesidad de la alimentación, mientras las bombas de racimo, casi nadie, a menos que sea una persona desequilibrada, puede decir que sirva para satisfacer una necesidad. Al reducirlo todo, al razonar estrictamente en términos contables, nuestra cultura deja de ser capaz de discriminar entre aquellas producciones que nos acarician y las que nos aplastan, y establece una nueva ruptura entre lo que llamamos producción, que es lo que sucede en el mercado y hace crecer el producto interior bruto, y lo que llamamos reproducción, que son todos los trabajos que sostienen cotidiana y generacionalmente la vida, como si fueran dos cosas distintas y completamente separadas.

La economía feminista y la economía ecológica nos han mostrado con la metáfora del iceberg que eso no es cierto. En un iceberg la parte que flota por encima del agua, que es la más pequeñita, la parte de hielo que vemos, si lo trasladáramos a la metáfora de la economía, sería todo aquello que tiene reflejo en las cuentas económicas del sistema, el salario, lo que se compra y lo que se ven-

de, la prima de riesgo, las inversiones... Por debajo, con un tamaño mucho más grande, sosteniendo a flote lo de arriba, lo que nos encontramos es con la extracción de cantidades ingentes de materiales de la corteza terrestre o de excedentes de los ciclos naturales y con el acaparamiento de una cantidad ingente de horas de trabajo, realizadas mayoritariamente por mujeres y por comunidades para poner a disposición del modelo económico materias primas, o una materia prima muy esencial que es la mano de obra, que se sostiene cotidiana y generacionalmente por fuera de las relaciones de mercado. Mary Mellor, que es una pensadora ecofeminista de la esfera filomarxista que a mí me gusta muchísimo, viene a plantear que hay una precondition para la producción capitalista que es básicamente la producción de vida. Y esa producción de vida no se hace con la lógica del capital.

Para poner la vida en el centro hay que invertir radicalmente el esquema de la pirámide, porque poner la vida en el centro significa pensar, en primer lugar, desde las necesidades humanas y no humanas, pensar, en segundo lugar, qué es lo necesario que hay que producir, y en último lugar, en cuáles son los trabajos realmente necesarios, que yo creo que la pandemia ha podido proporcionar como una especie de pequeño momento de lucidez para mirar desde el punto de vista de las relaciones sociales y las relaciones naturales muchas de estas cosas.

Quiero plantear que, desde el pensamiento ecofeminista y desde los movimientos sociales y también de las corrientes académicas, hay líneas de pensamiento ecofeminista que aterrizan, por ejemplo, en el campo de la ciencia económica, pero también en la filosofía, en

el urbanismo. Aterrizan también en otros campos profesionales de los que una de las ponentes que viene después nos va a plantear, también en el campo de la politología y la ética.

Desde mi punto de vista se pueden repensar qué son los derechos, qué es ser un héroe o una heroína, qué es la seguridad, qué es el bienestar, qué es la libertad, desde una perspectiva ecofeminista. Desde mi punto de vista, los ecofeminismos, desde este enfoque de la sostenibilidad de la vida, son por tanto una especie de cosmovisión. Una forma alternativa de mirar el mundo, que nos obliga a cambiar la mirada de la vara de medir del dinero, que nos obliga a, de alguna manera, apagar esa enorme luz que proporciona en este momento la racionalidad contable y con el apagón de esa luz hacer brillar ese mogollón de lucecitas que habitualmente permanecen invisibilizadas y que nos permiten pensar en cómo reconstruir la vida de una forma distinta en un mundo que forzosamente va a ser distinto. Es decir en un mundo que colapsa socioecológicamente, económicamente, necesitamos urgentemente pensar otras formas de hacer las cosas. Otras formas de hacer las cosas, que en mi opinión, tienen que estar basadas en el principio de suficiencia, en el principio del reparto y en el cuidado como principio articulador de toda la política.

Principio de suficiencia quiere decir aprender a vivir con lo suficiente, debate tremendo: cuánto es lo suficiente. Y no se puede pensar sobre lo suficiente si al lado no ponemos la cuestión de los límites físicos, porque yo puedo pensar que para mí es suficiente vivir con mil litros de agua diarios, pero si en la comunidad en donde yo vivo no hay mil litros de agua diarios para todas las personas, ni para las

otras especies que lo necesitan, mis mil litros de agua diaria son un privilegio y no un derecho.

El segundo principio es el del reparto. El del reparto de la riqueza, de la renta, el reparto del acceso a los bienes naturales y también el reparto de todas las obligaciones que comporta tener cuerpo y ser especie.

La desfeminización del trabajo del cuidado. La asunción del trabajo del cuidado por parte de todas las personas, y, sobre todo, por parte del conjunto social de la comunidad, es un elemento central para poder construir un futuro digno.

Y por último, cuando hablo del cuidado como principio orientador de la política, no me refiero solo al cuidado de las personas especialmente vulnerables, me refiero a que hay una forma de establecer una ley de extranjería, una normativa laboral, un metabolismo económico, un modelo productivo, una forma de organizar, una ley de la vivienda, que se puede hacer con cuidado, se puede hacer al servicio de la vida.

Si vamos por el camino de la suficiencia, el reparto y el cuidado, no será sencillo pero tenemos un camino lleno de sentido vital, un camino alegre para hacer, para construir día a día un modelo que pueda ser digno, que la vida pueda ser digna. Si seguimos como hasta ahora, donde nos vamos a encontrar es en una especie de fascismo social, donde todas las dominaciones, la misoginia, el racismo estructural, la dominación de clase, la dominación también de edad, va tomando cuerpo, y el núcleo de sujetos privilegiados, amparados

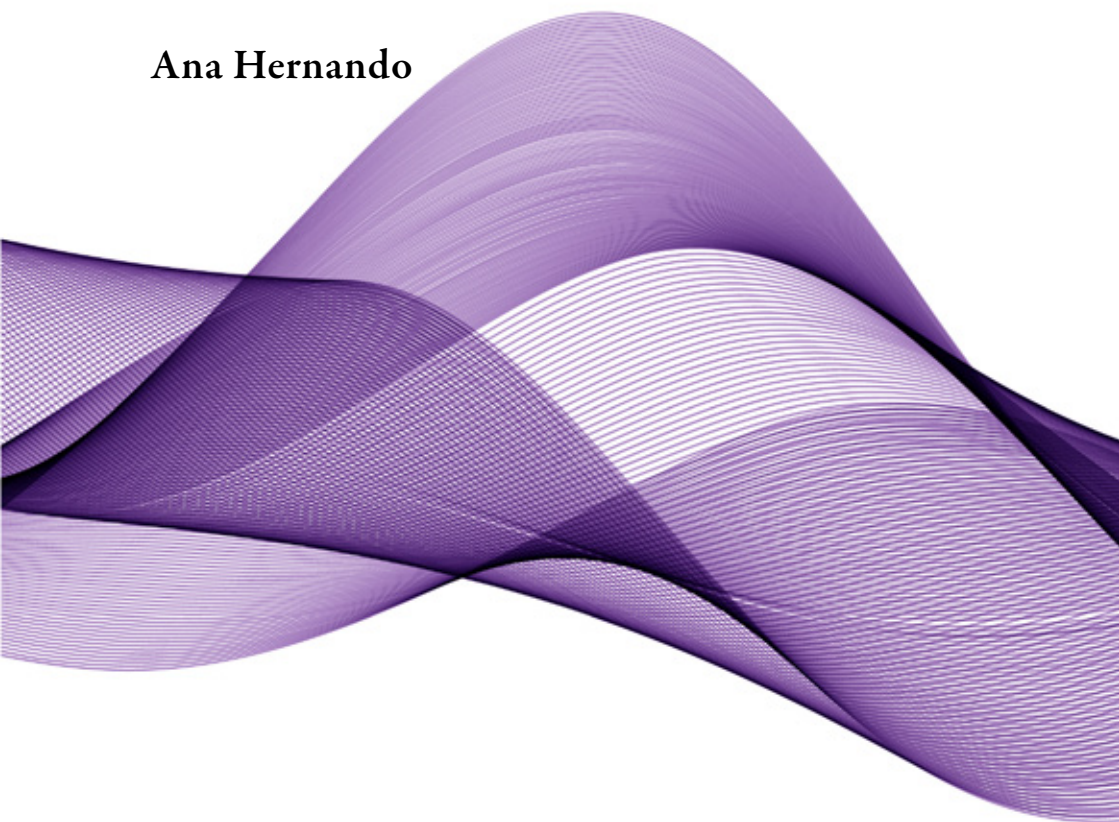
por el poder político, poder económico y poder militar, es cada vez más estrecho y más gente va quedando expulsada.

Por tanto, simplemente terminar diciendo que, en mi opinión, lo que plantea la mirada ecofeminista es una posibilidad de mirar cara a cara el momento que estamos viviendo, y mirándolo cara a cara sin escaquearnos, sin querer orillar, podemos tener una vida decente, una vida digna para todos y todas.

Feministas por el clima

Feminismo autónomo
con conciencia ecologista

Ana Hernando



El pasado 27 de enero tuvimos la suerte de participar en el seminario de ecofeminismo organizado por la Fundación Cristina Enea. Nuestra intervención se centró en el relato de la formación de nuestro grupo y en los debates, reflexiones y retos que se han ido generando en paralelo a este proceso. Esto es lo que nos proponemos desarrollar en estas líneas.

Nace un nuevo grupo ecofeminista

Feministas por el Clima (FxC) nació al calor de la convocatoria de la Huelga mundial por el clima el 27 de septiembre de 2019. Mujeres de distintas edades y procedentes del activismo social y por supuesto del feminismo y del ecologismo, nos reunimos en una gran asamblea donde empezamos a pensar juntas, poniendo en común nuestras inquietudes y propuestas para aportar en esta convocatoria. El feminismo tenía que estar presente en la lucha climática.

Desde un primer momento la idea tuvo muy buena acogida y generó mucha ilusión. Nos dimos a conocer en las redes sociales y publicamos un artículo¹ donde explicábamos qué era FxC y a qué respondía. Básicamente defendíamos que la emergencia climática era un asunto profundamente feminista por varias razones:

- La crisis climática genera pobreza ecológica y precariedad de todo tipo. Sin embargo, estas no afectan por igual a todas las personas. El patriarcado se encarga de distribuir las consecuencias de ello haciendo a las mujeres más vulnerables a sus efectos.

1. <https://www.elsaltodiario.com/saltamontes/feministas-por-el-clima>

- El feminismo es un movimiento que recoge los cruces entre distintas opresiones (clase, raza, etc...). Y no puede ser ajeno a la desigualdad y a la injusticia global que genera el cambio climático.
- Una salida justa a la crisis climática tiene que construirse necesariamente con la participación de las mujeres y una perspectiva feminista, con todo lo que ello implica.

Bajo el lema “Este sistema mata” nos unimos a las grandes movilizaciones de aquellos días y a las acciones que se llevaron a cabo al calor de esta convocatoria. Nuestra participación también fue muy activa en la cumbre mundial del clima (COP25), donde organizamos talleres que tuvieron bastante éxito de asistencia.

Esta buena acogida constataba el acierto que había supuesto la creación de FxC. Observábamos que en los últimos años mujeres de diferentes movimientos sociales y del propio movimiento feminista, se mostraban cada vez más receptivas y sensibles al ecologismo. Esto ya se había puesto de manifiesto en Madrid durante la elaboración del argumentario de la Comisión 8M y en el contenido de las dos huelgas feministas en las que uno de los ejes fue el consumo.

Por todo ello vimos bastante claro que FxC no podía ser solamente una respuesta puntual a una gran convocatoria para desaparecer con ella. Pensamos entonces que tenía sentido la existencia de un grupo ecofeminista no ligado a organizaciones ecologistas, como había ocurrido hasta la fecha, sino que se enmarcara en el movimiento feminista autónomo madrileño.

Feminismo, pandemia y crisis climática

El confinamiento fue un momento muy importante para FxC porque, paradójicamente, supuso su consolidación como grupo. Aquellos días se vivieron con mucho dolor, tristeza y angustia por toda la sociedad. Sin embargo, no representaron lo mismo para toda la población. Cada día podíamos comprobar cómo la pandemia golpeaba con mayor dureza a las personas más vulnerables. En Madrid, también cada día, asistíamos con horror al abandono institucional de estas personas, escuchando como ruido de fondo el discurso de las derechas, generando miedo, odio, e intentando destruir el tejido social que estaba reaccionando de forma solidaria en muchos barrios.

En este ambiente encontrarse era una necesidad, aunque hubiera que renunciar al abrazo y al contacto físico. Empezamos a reunirnos por zoom con bastante frecuencia y creamos un club de lectura. Todo ello nos permitió poner en común nuestros sentimientos, temores y reflexiones sobre lo que estaba ocurriendo. De ahí surgió la necesidad de analizar desde una perspectiva feminista la relación de la pandemia con la crisis climática y ecológica.

Veíamos cómo estas crisis, climática y ecológica, formaban parte de la gran crisis civilizatoria que estamos viviendo. Constatábamos cómo desaparecía la solidaridad intergeneracional que permite a los seres humanos desarrollar la vida de forma digna y justa. Esto quiere decir que las próximas generaciones van a dejar de recibir una herencia vital de recursos naturales y sociales básicos sobre los que construir su futuro.

Sobre esta crisis civilizatoria que engloba tantas otras (económica, social, energética, cultural...) la pandemia ha actuado como un espejo donde se refleja el desastre que ha generado la actual organización económica y social.

Para explicar esto pusimos en marcha una campaña² en las redes sociales con contenidos que relacionaban todas estas crisis. Subrayábamos cómo afectaban de manera especial a las personas más vulnerables y, por supuesto, a las mujeres, pues el patriarcado que está presente en todas estas crisis las coloca en una situación de mayor discriminación. Veíamos también la perversión del sistema patriarcal, pues siendo las mujeres personas que resultaban especialmente afectadas, a la vez, eran también las que mayoritariamente se estaban encargando de los trabajos esenciales y tareas de cuidados de los que no se podía prescindir, tanto desde el punto de vista de la producción como de la reproducción social.

2. <https://feministasporelclima.blogspot.com/>

Construyendo consensos

FxC es un grupo joven que todavía está construyendo sus señas de identidad. Poco a poco se van alcanzando algunos consensos a partir de los debates que surgen en nuestra práctica activista.

Nosotras pensamos que, además de atender a la agenda feminista y ecologista, es muy importante que el discurso ecofeminista tenga presencia en el activismo social. Por eso siempre que podemos, y dentro de nuestras posibilidades, participamos en campañas y foros que se crean con una intención transformadora, porque siendo así tienen cabida nuestras demandas.

Otra cuestión que tenemos clara es que a pesar de que procedemos de diferentes feminismos y que no coincidimos en todos los debates abiertos actualmente, valoramos muy positivamente priorizar todas las cosas que nos unen, que son muchas. Especialmente en un momento en el que parece que se busca subrayar, a veces exageradamente o incluso de forma obscena, las diferencias. La gravedad de lo que estamos viviendo requiere identificar bien contra qué luchamos y qué queremos construir. Esto implica no tratar como un enemigo a quién lucha a nuestro lado y fortalecer los lazos que nos unen, aunque nuestro pensamiento no sea idéntico.

En Feministas por el Clima tenemos muy claro que nuestra capacidad de transformar y de generar alternativas en el futuro va a ser directamente proporcional a la capacidad que tengamos de gestionar de forma positiva nuestras diferencias. Esto es muy importante en nuestro contexto, donde el discurso de la extrema derecha va ganando terreno y presencia.

Algunos retos

Estamos decididas a afrontar el reto que supone conectar el feminismo y el ecologismo. A visibilizar y comprender cómo se cruzan el cambio climático y el patriarcado incidiendo en la vida cotidiana de las mujeres. Este reto en general resulta bastante complicado, especialmente en una gran ciudad como Madrid donde las relaciones ecodependientes están bastante ocultas.

Sin embargo la crisis climática y ecológica se va haciendo cada vez más patente, también en las ciudades. Valga como ejemplo la situación que ahora mismo se está viviendo en los asentamientos de la Cañada Real. Sin electricidad, sin agua, sin esperanza en el barrio de chabolas e infraviviendas más grande de Europa: en torno a 4.000 personas, de las cuales más de la mitad son menores, están viviendo durante meses sin electricidad. Los intereses urbanísticos están de fondo.

El gobierno estatal mira para otro lado y las instituciones de cercanía, como pueden ser el Ayuntamiento y la CAM, apuestan claramente por los intereses del mercado inmobiliario y las eléctricas.

El conflicto de la Cañada Real está visibilizando por un lado la pobreza energética y la necesidad de un acceso básico a la energía y por otro la actuación del patriarcado, cargando nuevamente sobre las mujeres las consecuencias del problema. Aquí llamamos la atención nuevamente sobre el papel de liderazgo y respuesta solidaria de las mujeres en la Cañada Real.

Nuestra decisión de abordar como grupo la pobreza energética en nuestra ciudad³ proviene de nuestra preocupación por la desigualdad en el acceso a los recursos energéticos. La pobreza energética aumenta significativamente en el caso de los hogares liderados por mujeres, pasando de un 23 % a un 32 %. Este riesgo puede llegar hasta el 45 % en hogares unifamiliares de mujeres mayores de 65 años, e incluso al 51 % en hogares monomarentales. En los hogares donde las mujeres proporcionan el sustento principal, el riesgo de sufrir pobreza energética se incrementa entre un 35 y un 120 % con respecto a la media del municipio.

Partiendo de esta preocupación por la energía, ampliamos nuestro foco para la reflexión sobre los suministros esenciales. Los cortes de abastecimiento, el acceso insuficiente a servicios básicos y la generación de deudas por facturas impagables afectan mayoritariamente a las mujeres, pues el patriarcado las impone la responsabilidad del trabajo de cuidados y de sostenimiento de los hogares, en condiciones cada vez más inviables.

Cada vez resulta más urgente generar conciencia social sobre cuáles son en nuestro territorio los recursos imprescindibles para desarrollar la vida, cómo han de distribuirse estos recursos sin lesionar los intereses colectivos de la sociedad en su conjunto y cómo debe garantizarse el acceso a ellos para todas las personas. También resulta urgente denunciar los consumos ostentosos y despilfarradores

3. Según el *Estudio técnico sobre pobreza energética en la ciudad de Madrid* (www.madrid.es/UnidadesDescentralizadas/Consumo/NuevaWeb/pobreza%20energética/Estudio%20Pobreza%20energética%204%20febrero%202017.pdf), un 23% de los hogares madrileños se encuentra en riesgo de pobreza.

que acaparan recursos muy por encima de lo que permite nuestro techo ecológico.

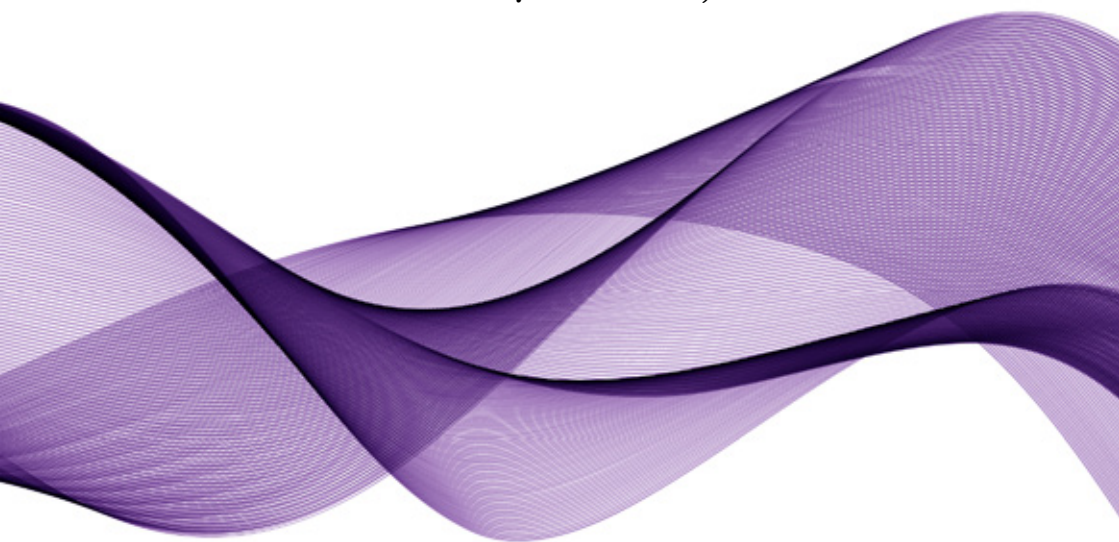
La envergadura de los retos futuros es enorme. La salida a la crisis climática ha de ser feminista. El acceso igualitario y con criterio feminista a la energía, al alimento, al agua y a la vivienda, además de un derecho incuestionable, es fundamental para combatir el cambio climático y debe ser un aspecto constitutivo de un nuevo modelo energético.

El camino para lograrlo no será fácil, pero Feministas por el Clima quiere ayudar a hacer este camino.

El cuerpo como estrategia de subversión ecofeminista

Cómo poner en práctica
lo que la teoría ya nos dice

Elena Rincón Zubeldia y Edurne Pujana Deba



Elena Rincón Zubeldia y Edurne Pujana Deba somos desde hace años parte activa de la Casa de las Mujeres de Donostia. Nos conocimos dentro de la Comisión Ecofeminista y nos hemos re-conocido a lo largo de los años de militancia en ella. En las siguientes páginas hemos tratado de ordenar, recoger y trasladar lo que ha supuesto para nosotras pasar de las teorías ecofeministas que tanto nos hacían vibrar a la práctica. A pasar por el cuerpo lo que otras mujeres antes han puesto nombre y devenir en algo que las compañeras feministas comunitarias denominan acuerpar. Por ello, nuestra participación en el seminario organizado por Fundación Cristina Enea partía de ahí, de ese devenir del ecofeminismo al acuerpamiento.

Empecemos.

Origen de nuestra identidad ecofeminista

Laboratorios Ecofeministas nace en el año 2012 en la Donostiako Emakumeen Etxea (Casa de las Mujeres de Donostia). Se crea ante la inquietud de algunas de las mujeres que militábamos en La Casa, y que nos hacíamos eco de los análisis y reflexiones de la economía feminista.

Nuestras reflexiones giraban en torno a las ideas de:

- Poner la vida en el centro.
- Cómo hacer que fuera una vida deseable de ser vivida.

- Sobre todo, nos planteábamos en relación con nuestra militancia: qué podíamos aportar desde la colectividad y el feminismo para que se posibilitara el tipo de vida del que hablábamos.

En ese momento, como feministas, teníamos claro lo siguiente: El sistema hegemónico en el que vivíamos, el sistema económico capitalista y heteropatriarcal se caracterizaba por ser injusto, desigual e insostenible. Era (y es) un sistema que generaba tensiones y contradicciones al poner dos elementos en relación: la vida y la producción de bienes. Y, además, veíamos que si este sistema se expandía era gracias al trabajo de cuidados que se realizaba en la esfera de lo privado, trabajos invisibilizados y que por mandato de género recaía en las mujeres.

En este pensar, nos dimos de bruces con la variable eco, puesto que el sistema no sólo se expandía gracias a los trabajos que se iban realizando en la esfera de lo privado, sino también gracias a una idea falsa e ilusoria que decía que vivíamos en un planeta con recursos ilimitados e infinitos.

Es desde aquí que tuvimos que incorporar la variable eco (gafas verdes) tanto a nuestros análisis y pensamiento como a nuestras prácticas. Y es por ello que generamos el espacio “Laboratorios Ecofeministas”.

Laboratorios como la conformación de nuestra identidad ecofeminista

Como decíamos, el origen del laboratorio ecofeminista está vinculado a un momento vital en nuestras trayectorias feministas. En aquel entonces éramos conscientes de cómo se estaban discutiendo y poniendo en relación propuestas reales de vida surgidas desde el feminismo y la ecología social. Esta fue la razón, por la que en el marco de la Donostiako Emakumeen Etxea, creamos estos laboratorios ecofeministas como un espacio experimental en la transición de nuestras identidades, pasando de identidades políticas feministas a identidades ecofeministas.

El papel de la Donostiako Emakumeen Etxea fue fundamental en este proceso, porque (de cara a que) era un espacio feminista en el que nos sentíamos cómodas y del que participábamos activamente como sujetas políticas. Era (y es) un espacio donde se apostaba por procesos de reconstrucción a través de prácticas transformadoras y, al mismo tiempo, era (y es) un espacio de producción de pensamientos y reflexiones feministas, donde podíamos mostrarnos como ciudadanas activas, protagonizando y liderando nuestros propios intereses y reivindicaciones, sin olvidarnos, tampoco, de que era un espacio por donde pasaban y del que participaban muchas mujeres, así que la accesibilidad de conocer “Laboratorios Ecofeministas” y de participar en él podía resultar muy fácil para cualquier mujer con intereses comunes.

Por todo esto, nos pusimos a trabajar por un espacio donde pudiéramos releer nuestras prácticas desde las dos perspectivas de las que hablamos, incorporando, a su vez, el análisis y las reflexiones que

desde la economía feminista se están llevando a cabo también. Al mismo tiempo, considerábamos que tenía que ser un espacio participativo de lucha política basado en la reflexión teórica y práctica. Para ello, empezamos analizando prácticas concretas en nuestro territorio, aunando la necesidad de otras alternativas de vida junto a las prácticas territoriales que nos rodeaban, haciendo frente al sistema, sumergido en múltiples crisis sistémicas. También consideramos que debía ser un espacio abierto, libre, de deconstrucción y construcción individual y colectiva, con una metodología basada en la acción-reflexión-acción, donde nuestros sentires nos acompañasen, dando espacio a las emociones llevándolas desde lo emocional a lo racional, atravesando todos nuestros cuerpos.

La reflexión y la acción fueron los dos ejes que dieron forma al espacio.

- La reflexión: realizada desde el análisis del sistema actual capitalista patriarcal con una mirada feminista y ecologista. Para ello, contamos con múltiples dinámicas como; tertulias dialógicas, lecturas comunitarias sobre libros u otra documentación, visionados de películas, vídeos, etc., todo el soporte que nos ayudase a poder hacer el análisis era bienvenido. En esta primera fase inicial, ofrecíamos diversos materiales y dinámicas de trabajo, pero sería el grupo quien tomaría la decisión de cómo llevar a cabo la fase de análisis desde un enfoque ecofeminista.

- La acción: consistió en aterrizar a nuestro territorio el análisis y las propuestas concretas que iban surgiendo. Para ello, consideramos fundamental conocer qué propuestas de cambio se estaban llevando a cabo desde un enfoque ecofeminista, feminista y/o ecologista ante las crisis sistémicas que nos acontecían, puesto que considerábamos que existían experiencias significativas de cambio a pesar de no autodenominarse feministas o ecofeministas.

¿Por qué una propuesta Ecofeminista?

Para nosotras, el ecofeminismo se convirtió en una manera de ver la realidad, de analizar los problemas y de hacer política. Era un planteamiento político que conjugaba el Ecologismo Social con las diferentes miradas feministas.

Por entonces, entendíamos que la tradición ubicaba al ecofeminismo dentro de una corriente esencialista donde las mujeres por nuestro “rasgo biológico de reproducción” estábamos vinculadas a la naturaleza y a dar la vida. Posteriormente, el pensamiento se fue desarrollando y nos fuimos encontrando con diferentes vertientes. Fue en el Ecofeminismo Constructivista donde encontramos que se reconocía que: si las mujeres y la naturaleza teníamos un vínculo próximo, éste era fruto de la tradición patriarcal, tradición que impone a las mujeres el rol de cuidadoras de la vida, y que durante toda la historia de la humanidad se nos había sido asignando sin ningún tipo de reconocimiento, ni siquiera salarial. Desde el Ecofeminismo Constructivista también se defendía el cuidado de la tierra y de

la vida, pero desde el prisma de la igualdad y del reparto de tareas entre mujeres y hombres con igual implicación, puesto que sin esa corresponsabilidad, la propuesta de modelos de vida más sostenibles, justos y equitativos estarían abocados al fracaso.

Así pues, aunque nosotras nos identificábamos desde el Ecofeminismo Constructivista, no queríamos tampoco que se nos ubicara en él de forma inamovible, puesto que en el espacio de “Laboratorios Ecofeministas” apostábamos por un espacio donde las prácticas cotidianas guiaran lo que se iba construyendo, en contraposición a los discursos teóricos como guías de los procesos. Es decir, nuestra máxima era generar un espacio donde lo común de las vivencias, las emociones nos pusieran en relación, y no tanto la parte más racional que sería la parte teórica. El fin era poder alzar nuestras experiencias cotidianas y de militancia a un plano de pensamiento, donde las corrientes teóricas nos ayudaran a encontrar la respuesta de lo que nosotras sentíamos y sabíamos por medio de nuestras vivencias y a lo que no poníamos nombre.

Nuestras miradas, lo común que nos une

Partíamos de la premisa de que nos socializábamos en un modelo capitalista patriarcal con graves repercusiones para todas las mujeres y para los ecosistemas del que éramos parte. Las dinámicas desiguales, insostenibles e injustas de este modelo estaban creando tensiones entre dos objetivos totalmente contradictorios: la obtención de beneficios por un lado y el cuidado de la vida humana por el otro, y unido a esto, estaba la idea de un planeta con recursos naturales infinitos o ilimitados.

Entre la sostenibilidad de la vida humana y el beneficio económico, nuestras sociedades patriarcales capitalistas habían optado por este último, lo que significaba que las personas no éramos el objetivo social prioritario, sino los mercados y la producción, convirtiéndonos en elementos al servicio de la producción, despojándonos de las necesidades verdaderas que hacían posible nuestra supervivencia. Esta tensión se generaba y se alimentaba mediante la amnesia de las necesidades humanas, priorizando la dimensión más objetiva y mercantil de ella; los bienes y servicios, negando la dimensión más objetiva de afectos y relaciones. Ante este panorama, el depredador escenario mercantil, desde donde se negaba la necesidad de afectos y cuidados, nos preguntábamos si realmente desaparecía esta dimensión y, de no ser así, a dónde se relegaba dicha dimensión. Entendimos que era desde la esfera privada desde donde se iban cubriendo estas necesidades, donde las mujeres han ido ejercitando el rol de cuidadoras, manteniendo la vida por medio del rol impuesto a través de la tradición y la cultura patriarcal. Nos era impuesto este papel por haber nacido en cuerpos leídos como mujeres y se iba cubriendo día tras día a lo largo de nuestra historia.

Si bien es cierto que mientras ese rol se imponía, muchas mujeres iban entrando en la esfera pública, aspecto que con las crisis sistémicas se ha visto que ha ido teniendo avances y retrocesos, pasando de la tradición al cambio y de nuevo a la tradición y de nuevo al cambio. Para nosotras, esta realidad de que las mujeres ocupasen en mayor o menor intensidad los espacios públicos de producción, lo que teníamos claro es que la esfera privada seguía teniendo presencia en nuestras vidas, bien siendo cubierto por nosotras mismas, bien por otras mujeres a las que delegamos los cuidados (y de ahí

la cadena global de cuidados de la que tanto hablaba Amaia Pérez Orozco desde la economía feminista)

Para nosotras la economía feminista fue clave en los análisis, al visibilizar cómo históricamente los sistemas socioeconómicos han dependido de las esferas privadas, manteniendo una determinada estructura familiar que permitía a los hombres mantener la fuerza de trabajo a través del trabajo de las mujeres y de ahí el falso espejismo de los sistemas económicos como autónomos, ocultando la actividad doméstica, base esencial de la producción de la vida y de las fuerzas de trabajo, y la utilización de los recursos naturales como medio de producción.

Una de las características de la crisis sistémica que estábamos viviendo era cómo cualquier propuesta política se alejaba de posibilitar el mantenimiento de la vida. Por un lado, veíamos un desenfreno por seguir apostando por un modelo de consumo con una serie de impactos graves, y con frecuencia irreversibles (ya sea el cambio climático sin los esfuerzos de reducción del CO₂ por parte de nuestras instituciones como el agotamiento de los recursos naturales, claro ejemplos de ello: el agua, un bien común que cada día era más difícil hallar sin contaminación). Pero, por otro lado, seguíamos insistiendo en un modelo que redujera el valor a lo que es exclusivamente monetario, confundiendo progreso social y bienestar con la cantidad de actividad económica que un país tenía, ignorando los costes biofísicos de la producción y los trabajos que al margen del proceso económico sostenían la vida humana.

Por todo ello, nosotras creíamos que la vida y la actividad económica como parte de ella no era posible sin los bienes de servicios que

presta el planeta y sin los trabajos de las mujeres a los que históricamente se les ha abocado delegando en ellas la responsabilidad de la reproducción social. Es por eso que era necesaria una propuesta que aunara la Ecología Social y los Feminismos. Una propuesta en la que reconociésemos que vivíamos en un planeta con recursos finitos y que las mujeres a lo largo de la historia, desde el espacio asignado por el patriarcado, somos las mantenedoras de la vida y que sin nuestro trabajo la actividad económica no hubiera sido posible, puesto que desde el rol socializador en cuerpo de mujeres preparaban a la fuerza de mercado, los hombres, a la producción. Sin este reconocimiento nunca podríamos obtener sociedades equitativas, justas y sostenibles.

Y es desde este marco, que sigue de rabiosa actualidad, desde donde surge nuestro laboratorio experimental ecofeminista y nuestro devenir acuerpador.

Desarrollo de nuestra identidad a través de nuestras prácticas de subversión

Del marco de las identidades pasamos al marco de las prácticas y, para ello, definimos tres líneas de acción basadas en tres pilares:

- La gestión económica y los mercados.
- La cultura heteropatriarcal que nos construye y socializa.
- Las políticas de violencia encarnadas en la cultura de guerra y en la cultura militar.

Estos pilares eran atravesados de forma transversal por los siguientes elementos:

- Mantener de forma constante la reflexión sobre los ejes del modelo.
- Poner en marcha prácticas que desafíen el sistema hegemónico (desde lo personal: dónde compro la comida, la ropa, dónde guardo mi dinero, qué energía uso, ...).
- Generar alianzas que nos permitan transformar (hacia lo colectivo: conocer a las otras, las que ya están en ello, sus experiencias, ...).

Laboratorios ecofeministas

¿Qué pasa con...?



Gestión económica
y de los mercados



Cultura
heteropatriarcal



Prácticas de violencia



¿cómo lo transformamos?



reflexión constante
prácticas desafiantes
alianzas

¿Pero cómo hacer todo eso?, ¿cómo atravesar estas ideas y pasarlas por el cuerpo? Pues tomando conciencia de que todo lo vivido ha cobrado cuerpo propio. Que cada una de las líneas que queríamos trabajar fue cogiendo forma tanto hacia afuera (en lo que veremos fueron acciones preparadas por nosotras con la finalidad de llegar a otras mujeres) como hacia dentro (pues cada reflexión, cada poner en común lo que cada tema trataba suponía revisarse, mirarse, comprender hasta dónde teníamos instalada la lógica heteropatriarcal capitalista para transformarla. Para ponerle nombre y detenerla). Acuerpar nos ha supuesto ahora ser conscientes de la velocidad con la que nos impacta el sistema, saber que lo llevamos dentro y que está en todas aquellas con las que nos relacionamos y en cualquiera sea el espacio en el que nos encontremos. De ahí la fuerza que está cobrando en nosotras poner valor a lo que nos ha supuesto mirarnos hacia dentro, repensarnos y dejar de reproducir en la práctica lo que desde la teoría ya nos han dicho, ya nos han señalado que ocurre.

Así, dimos paso de lo que fueron los Laboratorios ecofeministas a la Comisión ecofeminista y empezamos con la gestión económica y de los mercados. Nos interesaba saber *¿Cómo nos afecta a las mujeres vivir en un sistema que pone el capital, el dinero, el beneficio en el centro e invisibiliza lo reproductivo, todo el sistema de cuidados que hacemos las mujeres invisibilizándonos?, ¿Desvalorizándonos?* Para ello, integramos la perspectiva de la economía feminista, nos pusimos en contacto con la Escuela de Economía Feminista, hablamos para tener una cuenta con la banca ética, y poco a poco fuimos incorporando esto de que poner la vida en el centro implica comprender que:

- Sostener el sistema capitalista es enormemente cansado para las mujeres. Nosotras hacemos que esa vida de “producir, producir, producir” que unos hacen (masculino a propósito ya que son los varones quienes históricamente han estado en lo público, lo remunerado, lo valorado económica y socialmente) otras (femenino a propósito) hemos sido y somos quienes hacemos todo el trabajo invisibilizado de cuidados que lo hace posible.
- No queremos seguir haciendo posible esa sociedad capitalista. Por un lado, porque estamos en contra de un modelo de sociedad de consumo que cosifica los cuerpos de las mujeres y prioriza la producción ilimitada en un planeta limitado, y por el otro lado, porque sabemos que para hacer posible esa “riqueza” de unos (de nuevo varones) es necesario empobrecer a otras (de nuevo femenino, pues son las mujeres las que están detrás de los trabajos precarizados del sistema).

En este eje destacamos la colaboración con SETEM Hego Haizea para la organización de las jornadas de economía feminista de 2015: “Propuestas feministas al mundo de las finanzas” con la emisión del documental *Con tu dinero* y el posterior coloquio con Cristina de la Cruz (Fiare).

Para el segundo eje que tenía que ver con la propia cultural heteropatriarcal capitalista queríamos ahondar sobre *¿qué estrategias tenemos para salirnos del sistema?, ¿o para subvertirlo?, ¿militamos desde dentro, o nos salimos?* Para ello, hicimos también alianzas y creamos las siguientes jornadas en 2018:

-Semana de actividades para repensar lo que ocurre dentro de la industria textil organizada entre la propia Casa de las Mujeres de Donostia, Setem y Fundación Cristina Enea contando con la participación de la sindicalista de Bangladesh Kalpona Akter.

En cuanto al último eje, que tenía que ver con la relación entre la cultura de la violencia y la socialización de género existente en ella, quisimos analizar diferentes contextos de violencia para ver *¿cuál ha sido y es el papel impuesto a las mujeres en contextos bélicos?, ¿estamos dispuestas a desafiar el mandato de género?, ¿qué mujeres lo han hecho o lo están haciendo?* Para ello creamos varias jornadas bajo el título “Resistencias ecofeministas” y contamos en 2016 con la activista kurda Maryam Fathi, en 2019 hablamos sobre “Género y cultura militar” con Nora Miralles, y también contamos ese año con la colaboración de Lucien da Silva de Feministalde y Elisa Querejeta que nos ofreció una mirada sobre “Mujeres guipuzcoanas durante la guerra y la primera posguerra del franquismo. Lekukotzak eta garaiko testuingurua”.

Cabe destacar en este eje a Yayo Herrero quien en 2018 se acercó a la Casa para hablarnos sobre “Desobediencia y objeción fiscal al gasto militar”.

El cuerpo en todo esto

Creemos que podemos decir que sin darnos cuenta, en nuestras militancias, lo patriarcal se nos cuela, y nos pone en una tesitura de poder, de acción, de “hacer, hacer, hacer” y se nos pasa el dónde y cómo estoy, estamos, los tiempos, la vida. Por eso, en este devenir ecofe-

ministra al acuerpamiento hemos querido traer los cuerpos y las vidas al centro, sabiendo que de nuevo nos toca traer a tierra la teoría y ver que aquello que nos pasa tiene nombre, no es casual, que nos pasa por ser mujeres socializadas en un sistema machista, heteropatriarcal, racista, clasista, especista,... al que hay que poner atención y atreverse a revisarse. Porque si no, tal y como hemos comprobado, se nos cuele y hacemos prácticas que no queremos reproducir.

Nos parece que puede ocurrir, y así nos ha pasado a nosotras, que miramos el trabajo de militancia como un objeto y no como un proceso. La práctica heteropatriarcal capitalista está dentro de nosotras y si no le ponemos atención, nos arrasa, porque nos atraviesa. Es fundamental poner la vida en el centro y eso significa que tenemos que poder parar la maquinaria y ser conscientes de que nos está llevando por delante. Ser parte del sistema hace que la propia dinámica de producción nos haga pensar más en el hacer en lugar de en el estar. Hacer cuantas más acciones para afuera mejor. Producir para tener a final de año un indicador cuantitativo que nos diga cuánto hemos hecho, en lugar de cómo lo hemos hecho.

Es curioso algo que nos pasó durante los años de vida del Banco del Tiempo Feminista (2013-2017) donde las mujeres que se apuntaban nos decían “yo no sé nada”. Pero, *¿qué nos pasa a las mujeres para que no pongamos en valor lo que sabemos?, ¿quién dice lo que vale y lo que no?, ¿lo que es un saber y lo que no?, ¿cómo es que -¡oh casualidad!- somos nosotras las que sufrimos el síndrome de la impostora?* y resulta que somos nosotras, las mujeres quienes más formación tenemos, las que acudimos mayoritariamente a jornadas, charlas, “donde las otras saben más” y es que el sistema nos enseña a querernos muy poco, a hablar muy bajo, porque eso es lo que le interesa. Mantener

invisible todo lo que puede hundirle. Porque vivimos agotadas en un sistema que no para y que nos quiere cansadas para que no nos paremos a pensar ni a trabajar juntas. Por ello, subvertir esto supone repartirnos los liderazgos, las tareas, los cuidados, ofrecernos espacios y hacer que lo que hagamos sea también para nosotras, que lo disfrutemos también nosotras, salir del anteponer las necesidades ajenas por dar placer a las nuestras, aprender a conocer y re-conocernos.

Por todo ello, entendemos que es fundamental poner en el centro, la mirada, la atención a nuestras prácticas de conexión con la vida y con nosotras mismas, atender a los cuidados desde las necesidades tanto las personales como las colectivas, porque entendemos que la práctica ecofeminista se hace en militancia y ahí es vital conectarnos y romper con todas las dicotomías que el sistema capitalista heteropatriarcal tanto ha encorsetado como las dimensiones de lo público y lo privado, lo visible y lo invisible, lo valorado y lo desvalorizado, ... frente a lógicas feministas en las que hablar de nuestros malestares de género, de lo que nos une y de lo que nos ocurre por ser mujeres en este sistema y nuestras redes de afecto y lucha para construir(nos) y re-construir(nos) de otra manera.

A modo de conclusión, nos gustaría destacar de nuestro proceso estas dos ideas:

- Si nosotras desde nuestra militancia no somos capaces de desafiar al sistema, no esperemos que el sistema se transforme por sí solo, nuestras militancias vuelven a ser laboratorios y de ahí la importancia de articularnos con otras

tejiendo redes que nos sostengan y en las que compartamos nuestras propias experiencias.

- Nuestro reto feminista es: ponernos en el centro como sujetas políticas, donde conectar con nuestras experiencias, fruto de saberes/conocimiento, siendo capaces de enfrentarnos a lo que somos, siendo capaces de reconocer que venimos de una larga trayectoria social mediante el sistema hegemónico: capitalista-heteropatriarcal, y que nos relacionamos desde ahí. Aceptar todo esto y trabajar por esas formas de construir vidas, es una manera de trabajar por nuestra emancipación, pudiendo ponernos en el centro de nuestras vidas. De alguna manera, despatriarcalizarnos para conseguir aquello de territorio-vida, territorio-cuerpo.

Para terminar, quisiéramos agradecer el camino de las mujeres que a lo largo de estos años han formado parte de la comisión:

Izaskun, Monika, June, Su, Gimena, Helena, Paula, Arantxa, María, Dinora, Patricia, Lidia, Macarena, María, Arantza, Ane, ...

Asimismo, proponemos una serie de mujeres que nos han inspirado en este tiempo y cuyas lecturas subversivas, acuerpadoras y ecofeministas recomendamos:

Amaia Pérez Orozco, M^a Luz Esteban, Yolanda Jubeto Ruiz, Yayo Herrero López, Marta Pascual Rodríguez, Julieta Paredes, ...

Eskerrik asko.

Experiencias de vida

La transición energética
desde un devenir ecofeminista

Alba del Campo



Muchas gracias por la invitación a participar en este espacio. Soy Alba Del Campo, trabajo asesorando en políticas energéticas municipales, en el Ayuntamiento de Cádiz y soy periodista y activista ecofeminista.

Hoy voy a hablar de algunas experiencias y aprendizajes personales en torno al ecofeminismo, al activismo y a la práctica política, dentro de un camino en el que he tratado de promover una transición energética justa, primero desde la calle, como ciudadana organizada y, posteriormente, en el ámbito municipal.

Me inicié en el activismo bien jovencita, en espacios donde la ecología y el feminismo no se tocaban. Tenía una inquietud doble, pero disociada. Gente distinta, luchas distintas. Y para mí encontrar el ecofeminismo fue un aterrizaje, un punto de llegada y de conexión entre las dos pulsiones de transformación social más fuertes que sentía. No recuerdo el primer texto ecofeminista que leí, pero sí la primera charla que escuché de Yayo Herrero. La fascinación y la calma que me produjo encontrar mujeres que habían armado el puzzle y encajado maravillosamente las piezas. Piezas que no tenían por qué ir por separado. Luchas a las que no había que renunciar, ni silenciar, sino conectar.

Lo maravilloso del ecofeminismo es que coloca los malestares que sentimos, y aporta un análisis complejo, tanto de la sociedad y el mundo que habitamos, como de las violencias que padecemos. Coloca y pone nombre, sentido, a los impactos, a las cadenas de expolio, al deterioro ambiental y a dominación de las mujeres y la naturaleza. Las imbrica, las trenza, las visibiliza. Es una corriente filosófica y un movimiento social crítico que nos dota de sentido. Como señalaba

Yayo anteriormente nos ofrece una mirada del momento en que vivimos y nos permite también apuntar hacia un horizonte de emancipación. El ecofeminismo es una ética que nos ayuda a caminar las transformaciones que queremos ver en el mundo.

Y siendo una herramienta tremendamente útil para reflexionar juntas, para mí, la aportación clave del ecofeminismo es la empatía como principio motor, como accionador del movimiento de transformación. La empatía con el resto de personas y con el resto de seres que habitan el planeta con nosotras. Empatía con nuestras compañeras de viaje, sean de la especie que sean. La empatía como práctica personal, social y por supuesto, política. La empatía como ahora y como horizonte, como medio y fin.

A partir de lecturas y experiencias, de muchas horas de charla y desasosiego con compañeras, reflexionando sobre lo que nos pasa dentro de los activismos, sobre los pisotones y las violencias, con la necesidad visceral de ir encajando las piezas de lo pensado y lo vivido, sin renunciar a nada; con la aspiración de promover las transformaciones sociales urgentes que creo debemos emprender, he intentado llevar esa empatía ecofeminista y ese análisis a mi quehacer diario, a mi activismo ahora transformado en profesión.

Los documentales sobre energía que realicé con la Plataforma por un Nuevo Modelo Energético fueron un punto de inflexión: *#Oligopoly2. El imperio eléctrico contra todxs* y *#OligopolyOFF*. Empieza la revolución energética ciudadana. Pasé casi 3 años de vida tratando de entender y de explicar una realidad sumamente perversa y de visibilizar los caminos necesarios.

Durante su realización tuve la suerte de entrevistar a gente profundamente comprometida y hermosa, que me ayudaron a explicar por qué vivíamos en un país con una de las electricidades más caras de la Unión Europea, y, al mismo tiempo, con uno de los índices de pobreza energética más altos. De dónde viene todo esto y dónde están las fallas del sistema. Contar lo que los grandes medios de comunicación callaban hasta ese momento. Identificar los grandes frenos de la transición energética y sus responsables con nombres, apellidos y logotipos.

Los documentales fueron usados como herramienta de discusión y debate. Se organizaron infinidad de videofóruns y tuve oportunidad de ir contando lo que había aprendido por medio país. Y ahí, de foro en foro, me di cuenta de lo difícil que era escuchar voces de mujeres en esos espacios. Todo eran señores y se suponían espacios de construcción de alternativas, pro renovables, ecologistas,... Si bien durante la realización de los documentales no había sido sencillo incluir a mujeres de referencia para explicar lo que estaba pasando, no fue hasta la promoción del primer documental que no me percaté de lo absolutamente masculinizado del sector de la energía. Era escandaloso. Y sigue siéndolo. Allí donde se gestiona el poder con mayúsculas las mujeres no tenemos voz.

Siendo energía y poder una sola cosa, no podía hablar de energía como eje de transformación social, sin denunciar la discriminación de las mujeres, su exclusión de estos espacios, y las consecuencias perversas de esa ausencia en un sector tamaño trascendencia. Sin mujeres no hay transición deseable, ni posible.

Así que empecé a denunciar esto, a criticar abiertamente los actos de energía sin mujeres o sin paridad, a montar el pollo en redes; y también, al mismo tiempo, a investigar sobre las consecuencias y las causas, a leer sobre género y energía, género y cambio climático, a buscar junto con otras compañeras, un enfoque ecofeminista del tema. Y poco a poco fui metiendo estas ideas en las presentaciones sobre políticas energéticas, o sobre el cambio de modelo, y luego a escribir algún artículo que se convertiría en ponencia. Y de la reivindicación pública de la voz de las mujeres en el sector de la energía, vinieron más las complicidades con mujeres.

Entonces, a partir de ir reivindicando un nuevo modelo energético que fuera ecológico, pero no sólo, sino que este tenía que implicar una gestión y una gobernanza democráticas de la energía; y de que no solo se tenía que pasar de un modelo fósil a un modelo renovable, sino que las reglas del juego tenían que incluir las reivindicaciones del feminismo, poniendo otros principios en el centro. Y sin la participación real de las mujeres en los espacios de poder, era complicado, por no decir imposible, cambiar las prioridades políticas. Con ello no quiero decir que baste con incluir mujeres para transformar esta realidad. Sino que para que el feminismo permee la sociedad y las estructuras de poder, es necesario que las mujeres estén en todas partes. Es condición necesaria, aunque, evidentemente, no suficiente.

Recuerdo que el detonante para organizar el primer encuentro de género y energía en España fue la hoja de ruta sobre transición energética que encargó el Gobierno de aquel momento, para el cual creó una comisión de expertos 100% masculina. Fue la gota que colmó

el vaso, y nos llamamos, nos juntamos, nos cabreamos, y decidimos hacer un encuentro de mujeres y transición energética en Bilbao que fuera un altavoz de las excluidas del sector.

La respuesta a nuestra llamada nos desbordó. Para nuestra sorpresa, mogollón de mujeres vinieron a participar y a contar lo que estaban haciendo. Éramos muchísimas, un auditorio enorme lleno. Las miradas, el reconocimiento... fue muy emocionante. Porque había tantas y haciendo cosas ¡tan interesantes y útiles! Vinieron mujeres del mundo de la investigación, de las cooperativas renovables, de la academia, de la política, de las organizaciones ecologistas, de ayuntamientos,... fue una toma de conciencia colectiva. Nos vimos y nos vivimos como sujeto emancipador. Teníamos reivindicaciones y propuestas propias y estábamos ahí y... ¡éramos tantas! Fue muy potente.

De ahí surgió la voluntad de crear juntas, de hacer red, aunque se fue desinflando, pero un pequeño grupo siguió trabajando y se autodenominó “red de mujeres por una transición energética ecofeminista”. Luego, la mayoría no pudieron compatibilizar más activismos con las vidas complejas, los cuidados, la profesión, la familia... pero quedó un pequeño grupo activo y una voluntad de transformación en esa dirección. Ese esfuerzo colectivo creo que aportó mucho en el plano simbólico. Dicho encuentro supuso un hito y a la vez un sobreesfuerzo para las que lo organizamos. En positivo, decir que de ahí saldría también un trabajo de reflexión colectiva y un manifiesto que identificaría las líneas comunes de una transición energética ecofeminista. Por otro lado, de ese encuentro también salió una herramienta práctica: una base de datos de mujeres y energía donde

encontrar referentes de cada tema. Se hizo con el fin de facilitar la participación o la colaboración de mujeres feministas. De ahí queda un grupo de correo que sigue funcionando.

Cambiando de tercio, aterrizando en el ámbito local. Desde el Ayuntamiento de Cádiz estamos tratando de fomentar este enfoque. Para poner la vida en el centro, hemos de darle la vuelta a cómo gestionamos las cuestiones que son imprescindibles para una vida digna, una vida buena. Esto, la línea que plantea Yayo, implica poner en el centro la gestión del agua, de la energía, de la alimentación, del cobijo, de los cuidados,..., y para realizar esta transformación, un giro de 180 grados en administraciones locales es clave.

Nos puede gustar más o menos la política institucional, pero como decía un filósofo griego, cuando nos desentendemos de la política institucional, acabamos gobernados por los peores. A mí me gustan bien poco los partidos políticos, ya he trabajado en dos y es muy duro, pero entiendo que, mientras tengamos este sistema de representación, es mejor que estos partidos estén permeados por feministas y por buena gente, que que no. Me parece imprescindible que haya mujeres cañeras que estén ahí dentro trabajando y peleando por lo que tiene sentido. De nuevo, es una condición necesaria, pero no suficiente. Pero es necesaria.

Desde el ámbito local, ¿qué estamos haciendo en Cádiz con esta mirada ecofeminista? Comunicación, pedagogía y práctica. El ecofeminismo es una mirada transformadora y emancipadora, pero se conoce poco. Por tanto, hay una necesidad de traducir y de divulgar. ¿Qué estamos haciendo en este sentido? En primer lugar, ofre-

cer formación e información a algunos colectivos feministas. Luego, organizamos un curso de verano de tres días en la Universidad de Cádiz titulado *Miradas ecofeministas de la transición energética*. Posteriormente, organizamos una semana ecofeminista y ahí hemos involucrado a concejalas de diferentes ámbitos para que hicieran aportaciones -la concejala de cultura, la concejala del feminismo, nosotras desde transición energética, desde la mesa de transición y también a los colectivos sociales de la ciudad, invitándoles a hacer propuestas para poner el ecofeminismo en la calle. Trajimos arte ecofeminista, pensadoras, activistas, realizamos un mural en calle con algunas de las referentes internacionales, debatimos, expresamos nuestros deseos y malestares a través de dinámicas participativas con pinturas y recortes... Fue una semana muy rica tanto por las propuestas como por la gente que se acercó a participar. Lo interesante fue el encuentro, el debate y la semilla. La constatación de que hay ganas e interés. Y gracias a estos esfuerzos, vemos como se ha popularizado mucho el enfoque en la ciudad, por parte de un perfil social activista, es cierto, pero se va conociendo. Luego vino la pandemia, que nos ha dado la vuelta a las agendas. Pero ya estamos pensando en la organización de la segunda semana ecofeminista.

En materia de divulgación del ecofeminismo, también hemos traído a Yayo Herrero varias veces y colaboramos en la divulgación de las prácticas de las que tenemos conocimiento. Tenemos mucho por andar. Ahora, en relación a las políticas municipales, el ecofeminismo no se da en el vacío, se da en un contexto histórico con unas necesidades y de relaciones de poder concretas. Y nosotras hemos trabajado y seguimos trabajando en la satisfacción de las necesidades básicas y en la noción de derecho. Hemos trabajado con buenos

resultados, en el impulso del acceso universal, tanto al agua, como a la energía y en su concepción de derecho universal a los suministros básicos.

En este sentido, en Cádiz tenemos la tremenda suerte de contar con dos empresas municipales. Una empresa de propiedad 100% municipal de agua y otra mayoritariamente municipal de energía, que es comercializadora y a la vez distribuidora. Estas empresas están siendo dos herramientas de transformación vitales.

Con el impulso del ayuntamiento, hemos creado el suministro mínimo vital de agua, para asegurar el acceso al agua de la población con menos recursos económicos y, tras una dura lucha y un proceso participativo bastante largo y tortuoso, hemos puesto en marcha la cobertura energética anual, una ayuda para familias de muy bajos ingresos que se está tramitando de oficio. Esta ayuda asegura una cantidad de energía y de potencia suficientes para vivir a una persona o familia. Se aplica directamente en la factura eléctrica y dura un año, renovable. La ayuda va vinculada a la formación de las personas beneficiarias y se bonifica la energía necesaria. Tiene unos límites de consumo y potencia, dentro de los cuales la familia no tiene que pagar nada. Si se pasa, paga la diferencia. Es radicalmente distinto al bono social estatal y creemos que tiene mucho más sentido, tanto a nivel social, como económico y ecológico. Porque no se bonifica el derroche, y se asegura el acceso a la energía sin coste para aquellas familias que realmente no pueden asumir su factura eléctrica.

Hemos trabajado para mejorar el acceso a la vivienda y otros temas, que no me da tiempo a explicar. Pero sí me gustaría destacar que, a la vez que creamos estas ayudas para asegurar este acceso a

un suministro básico, reivindicamos los cambios normativos que necesitamos. Porque el hecho de que un ayuntamiento tenga que asumir este tipo de acciones evidencia que la regulación no está asegurando ni el derecho a la energía, ni el derecho al agua, ni el derecho a la vivienda, ni los derechos básicos para disfrutar de una vida digna. Desde el municipalismo entendemos se debe trabajar esto, pero también, que deberíamos estar todas peleando por un cambio mayor. Porque nuestras iniciativas, con un esfuerzo ingente, no dejan de ser pequeños destellos de luz en las tinieblas, pero lo que necesitamos es un cambio de paradigma.

Es urgente proteger y priorizar los intereses de las personas y del resto de habitantes, frente al poder corporativo y los fondos financieros. No se pueden seguir lucrando de esquilmar el planeta y arruinar las vidas de la gente, mercadeando con las necesidades más básicas.

Políticas de acceso al agua, de acceso a la energía, a la vivienda... requieren un marco normativo más justo y sensato. Requieren de una visión estratégica del largo plazo que no reniegue de las evidencias científicas, de la constatación de que nuestro modelo económico es ecocida.

En relación con la energía. Las renovables que nos suministren energía en las próximas décadas no pueden, no deben estar en manos de las empresas que especulan con este bien común. Por eso, en Cádiz estamos promoviendo tanto desde el ayuntamiento, como desde la empresa pública, el autoconsumo, las instalaciones individuales y colectivas, a la vez que hacemos participación con los distintos agentes sociales. Lo primero que hicimos al llegar al gobierno local en 2015 fue crear un espacio de participación ciudadana

permanente dedicado a la transición energética. Este se reúne cada dos semanas y es abierto. En él, somos mayoritariamente mujeres, participa el ayuntamiento, la empresa pública, colectivos sociales de la ciudad y quien quiere.

Se trata de un laboratorio de participación, desde donde pensamos cómo involucrar, qué hacer, cómo convencer... ahí se cocinan acciones que luego pone en práctica, bien el ayuntamiento, bien la empresa, o bien nosotras mismas. ¿Este espacio es ecofeminista? Para mí sí, es una práctica ecofeminista el solo hecho de mantener, pero es que además, a base de difundir, de implicar, de hacer los cursos, de dialogar, de invitar a la gente de fuera, de hablar de feminismo..., es un espacio en el que el ecofeminismo ha permeado también a nivel teórico.

Pero, más allá de las etiquetas, creo que lo importante es la práctica, la empatía, el diálogo, la acción, independientemente de cómo lo llamemos, lo que estamos haciendo. Y eso es lo que creo que estamos haciendo, darle a la cabeza juntas para sembrar y cultivar cambios. Unos los veremos y otros no, pero estamos haciendo muchas cosas desde hace ya unos años, que también nos dan un poco la alegría y la esperanza de que se pueden hacer las cosas de otra manera, intentando siempre también compartir este viaje con quien lo quiera caminar con nosotras.

Y ese camino diverso, es lo que nos enriquece. Hemos organizado cosas con las cooperativas de renovables, con colectivos del clima, feministas, asociaciones de vecinas, gente de otros partidos, de otros municipios,... La ética de la colaboración es una práctica también. Desde 2015 a 2019 estuvimos haciendo trabajando en red

con lo que se llamaron los ayuntamientos de cambio. Hemos estado compartiendo herramientas, recursos y experiencias, y tratando de hacer lobby para que se dieran cambios en una regulación a todas luces mejorable.

Tras la debacle electoral de 2019, ya quedaron menos ayuntamientos de este perfil, y ha habido un repliegue, tanto de la esperanza, como de la acción política en movimientos y partidos, pero la desesperanza es un lujo que no nos podemos permitir. Creo que es momento de aprender de lo vivido y de volver a coger fuerzas para lo que se nos viene. En relación con la energía, desde Cádiz estamos tratando, junto con el Ayuntamiento de Valencia, de resucitar este trabajo en red municipalista, para una transición energética soberana que ponga a la gente en el centro. Porque si seguimos separando el negocio de la energía, del cuidado, el futuro del presente, ante nosotras se presenta un escenario francamente complicado.



Patronos



Gipuzkoako
Foru Aldundia
Diputación Foral
de Gipuzkoa



ETORKIZUNA ORAIN
Es futuro

Colaborador permanente



9 788409 256969